

Ideario filosófico de Unamuno en la Vida de Don Quijote y Sancho. ⁽¹⁾

Por ANGEL BENITO Y DURAN.

Catedrático.

ENTRE los grandes escritores contemporáneos españoles, no es posible dejar de contar a don Miguel de Unamuno, que nació en Bilbao el año 1864 y falleció en Salamanca el año 1936. Habiendo cursado la primera y segunda enseñanza en su villa natal, pasó a estudiar la carrera de Filosofía y Letras en la Universidad de Madrid. Terminada la carrera, y después de varios años dedicados a la enseñanza privada, el año 1891, contando 27 de edad, obtuvo por oposición, la cátedra de Griego de la Universidad de Salamanca donde residió hasta su muerte.

Unamuno fué un escritor fecundo. Más de cincuenta fueron las publicaciones que merecen el apelativo de libros, salidas de sus manos, amén de otras que, como artículos, fueron publicadas en revistas y periódicos.

Las más importantes de sus obras fueron traducidas muy pronto a diversas lenguas extranjeras. Al idioma inglés se tradujeron las siguientes: «El sentimiento trágico de la vida»; «Niebla»; «La agonía del Cristianismo»; «Nada menos que todo un hombre»; «Tres novelas ejemplares»; «Ensayos y soliloquios»; y ésta, de que nos vamos a ocupar en esta lección, titulada «LA VIDA DE DON QUIJOTE Y SANCHO, SEGUN MIGUEL DE CERVANTES SAAVEDRA EXPLICADA Y COMENTADA POR MIGUEL DE UNAMUNO». Edición de la colección Austral, vol. 4. (A ella van referidas las notas de este trabajo). La primera edición se publicó el año 1905.

De la misma se han ocupado diversos ensayistas y críticos; y, en lengua inglesa, entre los mismos se cuentan De Aires, Bolseiro, Muiz, Star-

(1) Conferencia pronunciada en el *Instituto de España*, de Londres, el 17 de noviembre de 1947.

kie y Van Doren. En lengua española, últimamente, se han escrito dos obras acerca de la filosofía de Unamuno una debida a Julián Marias y otra al Padre Oromí, las cuales, aunque muy someramente, han hecho algunas referencias a la filosofía de Unamuno en la vida de Don Quijote y Sancho. Sin embargo, respecto del ideario filosófico de Unamuno, en esta obra, nosotros encontramos un panorama mucho más amplio y digno de tenerse en cuenta al valcrar la obra de Unamuno y la misma obra de Cervantes.

Para nosotros, la obra que vamos a analizar, tiene un valor extraordinario al querer fijar lo remanente de la obra de Unamuno a través de su producción literaria. En ella encontramos ya los rasgos fundamentales de lo que puede llamarse su filosofía. Sin embargo, no queremos titular así los resultados de este nuestro ensayo. Toda vez que no es posible encontrar definido el sistema filosófico de Unamuno y si solo un ideario que, en muchas ocasiones, dejó de ser preciso dando margen a que de él se dijera que no fué en modo alguno pensador ni filósofo. Por nuestra parte creemos que esta afirmación carece de fundamento. En Unamuno encontramos tratados aquellos puntos fundamentales que todo filósofo o pensador forzosamente ha de enjuiciar aunque no lo haga de un modo sistemático. He ahí por qué denominamos «Ideario Filosófico» a este conjunto de ideas que encontramos en la Vida de Don Quijote y Sancho y que se refieren al mundo, a Dios, al hombre, a la sociedad y al mismo

Don Quijote, considerado éste como el prototipo de hombre sabio, que sabe de un modo sobrehumano orientar su vida en un mundo por él mismo creado. No podríamos dejar este ideario expuesto de un modo completo, ni esta lección quedaria cerrada armónicamente, sin que, por nuestra parte, añadiéramos unas palabras haciendo constar nuestra posición frente a ese mismo ideario de Unamuno. Naturalmente sin pretensiones dogmáticas; sino, simplemente, a título de satisfacción a las posibles demandas del culto público que escucha esta lección.

Problema cosmológico

El problema cosmológico, que aun históricamente, es el primero que se presenta a la reflexión de la filosofía, tiene siempre para el filósofo un valor primacial, que ha de intentar resolver, si verdaderamente quiere hacer filosofía. La filosofía moderna, que sigue las huellas de Kant, pretende: que el mundo, formalmente considerado, es obra de la razón pura. Schopenhauer, por el contrario, ha dado margen a que se considere el mundo como obra de nuestra voluntad. Unamuno ha seguido esta última dirección y los textos que ponen de manifiesto esta aserción no parece puedan ser más claros. Cifñen donos a la obra estudiada, citaremos algunos de ellos:

En la página 220 leemos: «Y en esa angustia, en esa suprema congoja del ahogo espiritual, cuando se te escurren las ideas, te alzarás de un vuelco congojoso para recobrarlas, al co-

nocimiento sustancial. Y verás que el mundo es tu creación, no tu representación como decía el tudesco».

Antes nos ha dicho igualmente (página 113): «No es la inteligencia, sino la voluntad, la que nos hace el mundo; y al viejo aforismo escolástico de —nihil volitum quin praecognitum— nada se quiere sin haberlo antes conocido, hay que corregirlo con un—nihil cognitum quin praevolitum— nada se conoce sin haberlo antes querido». Citemos un último pasaje para no alargarnos demasiado: «Esta es la verdad pura, el mundo es lo que a cada cual le parece, y la sabiduría estriba en hacérselo a nuestra voluntad, desatinados sin ocasión y henchidos de fe en lo absurdo». (Pág. 100)

Para Unamuno, existe un doble mundo: el mundo sustancial, al que sólo llega la fé y el mundo aparential de los sentidos. Precisamente Unamuno ve en Don Quijote el auténtico filósofo que salta por encima de las apariencias sensibles para situarse en el plano de la realidad sustancial. Dice en la página 153: «Y no nos quepa duda de que con los ojos de la carne Don Quijote vió los molinos como tales molinos, y las ventas como ventas, y de que allá en su fuero interno reconocia la realidad de un mundo aparential —aun que una realidad aparential también— en que ponía el mundo sustancial de su fe».

Con esto queda, virtualmente, resuelto para Unamuno el problema filosófico de la «verdad»; que, para él, no será una relación lógica entre el entendimiento y la realidad extra-

mental de un mundo existente en sí, sino la relación de la voluntad con el mundo creado por ella misma ante la necesidad que tenemos de vivir y existir siempre. Supuesta esa noción de verdad, Unamuno sienta todo un sistema, «quasi teológico» acerca de la fe, necesaria, según él, para poder llegar a ese mundo sustancial que la voluntad se crea y que los sentidos ignoran. Siendo curioso observar que, así como Unamuno pone en Don Quijote el perfecto filósofo que hace ese mundo a medida de sus deseos y de su voluntad, así pone, en Sancho, el perfecto hombre de fe que cree en ese mundo volitivo, creado por Don Quijote, no con la fe muerta del carbonero sino con la fe viva alimentada de dudas y de inquietud interior. Carácter este último esencial para la verdadera fe según Unamuno. Veamos como se expresa: «La fe de Sancho en Don Quijote no fué una fe muerta, es decir, engañosa, de esas que descansan en la ignorancia: no fué una fe de carbonero, ni menos fe de barbero, descansadora en «echo reales». Era, por el contrario, fe verdadera y viva, fe que se alimenta de dudas. La verdadera fe se mantiene, se nutre y se conquista instante a instante... El mantener esa lucha entre el corazón y la cabeza, entre el sentimiento y la inteligencia, y en que aquel diga «sí», mientras este diga «no», «no», cuando el otro «sí», en esto y no en ponerlos de acuerdo consiste la fe fecunda y salvadora; para los Sanchos por lo menos. Y aun para los Quijotes, por que veremos dudar a Don Quijote mismo». (Páginas 152.153).

En resumen, el pensamiento de Unamuno acerca del problema cosmológico, expuesto en la vida de Don Quijote y Sancho, puede resumirse en la siguiente proposición: el mundo es obra de mi querer. Cada cual crea el mundo a gusto de sus deseos y de sus íntimas necesidades volitivas. Los sentidos se engañan suponiendo que el mundo es único y que su verdad es descubierta por la razón. El mundo es descubierto por la fe en la obra de la voluntad. Don Quijote y Sancho fueron dos modelos de sabios conocedores del mundo: el uno creándolo a su voluntad; y el otro dando fe a ese mundo quijotesco. Con dudas y con lucha llegaron a vivir en la realidad sustancial del auténtico y verdadero mundo.

Problema teológico

El mundo es obra de mi voluntad ha pensado Unamuno. ¿Llegó a estar seguro de su propio pensamiento? Encontramos un pasaje en la Vida de Don Quijote y Sancho donde se refleja que, al menos por un momento, llegó a dudar de esa su posición crítica, lógica y cosmológica. «Si hay un Dios que ha hecho y conserva el mundo, lo ha hecho y conserva para mí. No hay otro yo... en mí se resume una eternidad de pasado y de mi arranca una eternidad de porvenir». (Página 259).

Esa juicio «si hay un Dios que ha hecho y conserva el mundo» es impropio del dogmatismo ideológico de Unamuno. Su estilo es casi siempre categórico con afirmaciones que

excluyen toda indecisión epistemológica y ontológica. Pero adviértase que, aún en la posición de duda respecto de la existencia de un Dios creador y conservador del mundo, no se aparta del egocismo antropológico que caracteriza su idealismo llamémoslo voluntarista. Véase como concluye la frase... «Lo ha hecho y conserva para mí...; en mí se resume una eternidad de pasado y de mi arranca una eternidad de porvenir». Porque, en definitiva, como vamos a ver, Unamuno concibe el ser de Dios como obra también de nuestro deseo.

La palabra «Dios» es una de las más repetidas por Miguel de Unamuno en las páginas de «La vida de Don Quijote y Sancho». Pero ¿qué realidad es ésa para Unamuno? Oigámosle:

«No es este mi yo deleznable y caduco; no es este mi yo que come de la tierra y al que la tierra se comerá un día, el que tiene que vencer; no éste, sino que es mi verdad, mi yo eterno, mi padrón y modelo desde antes y hasta después de después; es la idea que de mí tiene Dios, CONCIENCIA DEL UNIVERSO...» (Página 239).

«Y es el juicio de la vida humana toda: saber el hombre lo que quiere ser. Te debe importar poco lo que eres; lo cardinal para tí es lo que quieres ser. El ser que eres no es más que un ser caduco y perecedero, que come de la tierra y al que la tierra se lo comerá un día; el que quieres ser es tu idea en Dios, CONCIENCIA DEL UNIVERSO; es la divina idea de que eres manifestación en el tiempo y en el espacio». (Página 48.49).

El pensamiento no puede ser más claro y terminante: en el mundo material existe un ser con plena conciencia de sí mismo, y ese ser CONCIENCIA DEL UNIVERSO es Dios. Pero esa conciencia cósmica tiene una clara manifestación de sí misma en el tiempo y en el espacio. Tiene una idea de sí misma, que cuidadosamente se ha de perpetuar, no permitiendo se extinga en el tiempo: esa idea divina, esa clara manifestación de la conciencia divina es la misma conciencia del hombre, su ser ideal. En resumen, que el mismo ser de Dios se identifica con el ser de la conciencia humana que viene a ser la luz entre las tinieblas de la materia cósmica.

Aunque ésto suene a materialismo panteísta, en el fondo no es más que el idealismo cosmológico «sui generis» del que veníamos hablando. En realidad, Unamuno es lógico en su idealismo filosófico por más que se haya hablado mucho de su posición paradójica en materia de teorías filosóficas. He aquí expuesto su pensamiento: —Si el mundo es obra de nuestra voluntad, Dios lo es igualmente. La voluntad hace el mundo porque necesita manifestarse espacial y temporalmente. La voluntad hace el ser de Dios porque necesita perpetuarse en la eternidad. He ahí la lógica de Unamuno: el hombre lo es todo— Dios y mundo. ¿Es panteísta? ¿Es materialista, idealista o voluntarista? Denomínesele como se quiera pero para nosotros siempre será panteísta.

Pero ahí surgía en la mente de Unamuno un pavoroso problema, al

que había forzosamente de dar solución. Si Dios es conciencia del mundo y el hombre es la conciencia de Dios, cómo explicar las fluctuaciones, las luchas, las agonías, el dolor de la conciencia humana? A este problema Unamuno ha contestado con su teoría del sentimiento trágico de la vida; que, antes de exponerla en la obra que lleva ese título la expresó, virtualmente, en la «Vida de Don Quijote y Sancho». Según ella, la esencia de la vida espiritual está en la lucha interior, por sí misma. La vida es inquietud, esfuerzo, agonía. Inquietud, esfuerzo y agonía que ése es la vida de Dios en nosotros. El hombre no debe buscar su salvación en ningún otro ser más que en sí mismo; y si, en sí mismo, no encuentra más que dolor, aflicción y tragedia, debe gozarse en ese panorama interno del alma por desolador que parezca. Por sí, nuestra interpretación, pareciera excesivamente exagerada, al querer interpretar el pensamiento de Unamuno, oigamos sus mismas palabras, tomadas de un diálogo que él supone haber tenido con uno de sus amigos quien quería convercerle de la idea de un Dios personal que nos salva en el naufragio de la vida:

«Y volvió a replicarme: no quiero encontrarme en medio del océano como un naufrago, ahogándome, perdido y sin tener una tabla a que agarrarme. Yo volví a contrareplicarle: ¿La tabla? La tabla soy yo mismo. No la necesito porque floto en ese océano de que hablas y que no es sino Dios. El hombre flota en Dios sin necesidad de tabla ninguna, y lo único que yo deseo es quitarle a Vd. ami-

go mio la tabla; dejarle solo, infundirle aliento y que sientas que flotas». (Páginas 253-254).

En seguida volveremos sobre el sentido de tragedia que la vida humana tiene para Unamuno. Ahora, sólo queremos hacer resaltar el sentido de místico panteísmo bajo el cual ve al hombre sumergido en una divinidad que es el océano, el mar embravecido del mundo.

Por lo demás ese sentido místico de la vida humana en Unamuno llega a momentos históricos que, en nosotros, han dejado un eco de admiración y hemos de confesar de buen grado; esa admiración se funda en la sinceridad religiosa que domina la vida del profesor de la Universidad de Salamanca. Unamuno fué un hombre religioso; por más que su religiosidad se aparte de la religiosidad de nuestro credo católico. Ese sentido religioso le conduce a momentos místicos tan intensos como el que él mismo nos refiere en estas palabras:

«Ya es de noche, he hablado esta tarde en público y aún se me revuelven en el oído tristemente los aplausos. Y oigo también los reproches y me digo: «Tienen razón». «Tienen razón». «Fué un número de feria. Tienen razón. Me estoy convirtiendo en un cómico, en un histrión, en un profesional de la palabra. Y hasta mi sinceridad, esta sinceridad de que he alardeado tanto se me va convirtiendo en tópico de retórica. ¿No sería mejor que me recogiese en casa una temporada y callase y esperase? ¿Pero es ésto hacadero? ¿Podré resistir mañana? ¿No es acaso una cobardía desertar? ¿No hago algún bien a al-

guien con mi palabra, aunque ella me desaliente y apesalumbre? Esta voz que me dice: «Calla histrión» ¿no es de un ángel de Dios, o es la voz del demonio tentador?» ¡Oh Dios mio! Tú sabes que no sé por dónde ni a dónde me llevas. Tú sabes que si hay quienes me juzgan mal, me juzgo yo peor que ellos. Tú Señor sabes la verdad. Tú sólo. Mejórame la ventura y adóbase el juicio a ver si enderezo mis pasos por mejor camino del que llevo». (Página 219).

No es posible dudar de la sinceridad de esta oración, que el más ferviente cristiano puede hacer suya. Unamuno ve a la Humanidad, se ve a sí mismo sumergido en Dios; pero sin ver el fin y término a dónde camina el torrente de la vida divina. Por eso exclama lleno de angustia:

«Mejórame la ventura y adóbase el juicio a ver si enderezo mis pasos por mejor camino del que llevo».

Problema antropológico

Nos ha hablado Unamuno, en un sentido antropocéntico de que el hombre es algo absoluto y de que el universo se mueve en torno a ese absoluto. Dios mismo, es un producto mental del hombre. La humanidad es pura, purísima; y, de labios de Unamuno, se ha escapado esas textuales palabras y ese grito optimista: «Dios te salve, humanidad».

Pero ese optimismo de nuestro pensador, no es más que aparente. En el fondo, el hombre es para Unamuno un abismo de contradicciones. La contradicción es algo esencial a la vi-

da humana. Mantener viva esa contradicción es el quehacer de la verdadera sabiduría. Esa contradicción se funda en que el corazón y la cabeza tienden a llevar en sentido contrario la vida del hombre. La cabeza quiere llevarla por el sendero del sentido común. El corazón por el contrario, por el camino del apasionamiento. Luces y sombras dan, a nuestra vida, una plasticidad alucinante; que nos hace perder el rumbo cierto, para dejarnos inquietos; como peregrinos que, a la mitad de la peregrinación, olvidaron cuál era el Santuario que los sacó de su hogar y los llevó por los senderos de la aventura.

Sin embargo de lo cual, no se crea que Unamuno entrega la supremacía, el centro de la vida humana a la razón. Nadie se ha pronunciado tan en contra de la razón y del intelecto, considerado como sentido común y lógico, como proceso discursivo que nos lleva por los caminos de la deducción y de la inducción, de modo seguro, acallando las voces del puro sentimiento y de la alocada imaginación, como lo ha hecho Unamuno. La razón para éste, puede ser guía para el Bachiller, para el Canónigo; escolásticos, uno y otro, salidos de las aulas salmantenses. Para el hombre, asentado en la fe de ese mundo superior, que ya conocemos, para ese hombre, la razón, el sentido común, es un instrumento inútil y perjudicial.

¿Y cuáles son las dotes y prerrogativas ontológicas de la omnícreada voluntad humana? La principal dote está en su libertad. Si, en sentir de Unamuno, el hombre es libre; y,

nada ni nadie, puede esclavizarlo: «¡Oh Fe robusta y maravillosa! dice. No hay en efecto fuerza humana que pueda esclavizar y enjaular de veras a otro hombre, pues cargado de grilletes y esposas y cadenas serás siempre libre y si alguien se ve sin movimiento es que se halla encantado. Habláis de libertad y buscáis la de fuera; pedís libertad de pensamiento, en vez de ejercitaros en pensar. Desea tú con ansia volar aunque llevado en el encierro de una jaula, y la jaula se te ensanchará convirtiéndose en universo y volarás por su firmamento». (Página 134).

Esa libertad es santa y salvadora, si en ella se procede con sana intención; porque, el mundo de la libertad, es el mundo esencial de los anhelos íntimos.

Pero no se crea que esa libertad está reñida con la tiranía de la pasión, según Unamuno. Por el contrario: la pasión es esencial a la libertad. La pasión es esencial a la vida humana para que, ésta, sea verdaderamente armónica y fecunda: «Procura vivir, dice, en continuo vértigo pasional, dominado por una pasión cualquiera. Sólo los apasionados llevan a cabo obras verdaderamente duraderas y fecundas». (Página 21).

Hermana de la santa libertad de pensar y querer es la sinceridad volitiva. Esa ingenuidad del héroe, que, como Don Quijote, se levanta contra la mentira, la farándula y la farsa de la vida social.

Esa sinceridad Unamunesca se confunde con la bondad de la voluntad humana; que, sin duda, puede llegar a la maldad. Por eso Unamuno

pide para el hombre la bondad voluntiva; bondad pura y simple como la de Don Quijote y Sancho.

La pérdida de esa bondad es el pecado y ese pecado en la teología unamunesca se lava con la angustia de la agonía; nunca con el remedio cristiano y su infierno.

Porque también Unamuno admite un infierno para el pecador. Ese infierno es, según él, mucho más terrible que el infierno cristiano. El infierno unamunesco es la eterna disipación en la inconsciencia del Universo: en la nada. ¡Y, con qué fervor pide Unamuno, a su Dios, que no le condene a ese infierno del eterno olvido!

«Si por guardar tu mecha apagas tu luz: si por ahorrar tu vida malgastas tu idea, Dios no se acordará de tí, anegándote en su olvido como en perdón supremo. Y no hay otro infierno que éste: el que Dios nos olvide y volvamos a la inconsciencia de que surgimos: ¡Señor, acuérdate de mí! Digamos con el bandolero que moría junto a Jesús, (Luc. xxiii, 42). Señor, acuérdate de mí y que mi vida sea vivificación de mi idea divina, y si la empañare si la sepultara en mi carne, si la deshiciera en éste mi yo caduco y terreno, entonces, ¡ay! de mí, Señor, porque me perdonarias olvidándome! Si aspiro a tí, viviré en tí; si de tí me aparto iré a dar en lo que no es tuvo, en lo único que fuera de mí cabe en la nada». (Página 239).

He ahí, lo más trágico del pensamiento de Unamuno. Lo más trágico del sentimiento de la vida: la nada y el eterno desaparecer en el seno de la inconsciencia.

El sufrimiento y la angustia en la vida del hombre según Unamuno.

Unamuno nos ha dicho ya en qué está la verdad de las cosas y del mundo. Nos ha dicho también quién es Dios; y nos ha puesto o situado ante nosotros mismos, seres humanos, cuya esencia está en la voluntad apasionada en cuya inquietud se cifra el absoluto valor humano.

Parejo del concepto de inquietud es el angustia. Y junto a ese término de angustia, nos encontramos en la Vida de Don Quijote los sinónimos de «miedo», «congoja», y aun el más general de «trabajo» entendido en sentido de sufrimiento.

¿Por qué la inquietud, la angustia, el miedo, la congoja, el trabajo y el sufrimiento han de contener en sí ese valor máximo en la vida del hombre? podemos preguntar a Unamuno. He aquí el punto de entroncamiento de la filosofía de Unamuno con la filosofía de Kierkegaard, Dilthey y Heidegger. La esencia de las cosas en la filosofía existencial no se conquista, en un saber auténtico y sapiencial, por vía intelectual: el entendimiento es un instrumento que paraliza la realidad fluyente y vital. La esencia de las cosas se conquista viviéndolas. El ser existencial se intuye en virtud de la angustia que nos produce el peligro de desaparecer del plano de la existencia y hundirnos, para siempre en el eterno sepulcro de la nada. Oigamos las mismas palabras de Unamuno.

«Y Don Quijote tuvo que decirlo en

uno de esos momentos en que sacude el alma el soplo del aletazo del ángel del misterio; en un momento de angustia. Porque hay veces que, sin saber cómo y de dónde, nos sobrecoige de pronto, y a menos esperar, atrapéndonos desprevenidos y en descuido, el sentimiento de nuestra mortalidad. Cuando más entonado me encuentro en el tráfigo de los cuidados y menesteres de la vida, estando distraído en fiesta o agradable charla, de repente, como si la muerte alcease sobre mí, No la muerte sino algo peor, una sensación de anonadamiento, una suprema angustia. Y esta angustia, arrancándonos del conocimiento aparcial, nos lleva de golpe y porrazo al conocimiento sustancial de las cosas». (Pág. 219).

Esa angustia es el miedo a la desaparición de la existencia y de la vida: «El miedo, sí y solo el miedo a la muerte y a la vida nos hace no ver ni oír a derechas; esto es, no ver ni oír hacia dentro en el mundo sustancial de la fe. El miedo nos tapa la verdad, y el miedo mismo cuando se adensa en congoja, nos la revela». (Ib. 84).

Y ¿en qué está esa congoja miedo, esa angustia mortal reveladora del mundo sustancial? Está en la meditación de la propia muerte; en asistir al propio entierro y sepelio; en figurarse a sí mismo muerto y en la más absoluta soledad; en ver que después de enterrado y sepultado nuestro cuerpo, ni vemos, ni sentimos, ni percibimos, ni tenemos actos algunos. En que nuestro espíritu, según Unamuno, se encuentra aislado

de todo, y no ejerce acto ninguno: es decir, en estar reducido a la más absoluta inactividad. Entendiendo, que para el catadrático de Salamanca, ser es tener forzosamente actividad, obrar:

«Era, al parecer, el tal canónigo uno de esos pobres hombres que manejan la crítica o cedazo y se ponen a puntualizar, papeletas en mano, si tal cosa fué o no fué tal como se cuenta, sin advertir que lo pasado no es ya y que sólo existe de verdad lo que obra, y que una de esas llamadas leyendas, cuando mueve a obrar a los hombres encendiéndoles los corazones, o les consuela de la vida, es mil veces más real que el relato de cualquier acto que se pueda en un archivo». (Pág. 135).

Y en otra parte dice en igual sentido: «Vuestra merced debe saber por sus estudios lo de «operari sequitur esse», y yo le añado que sólo existe lo que obra y existir es obrar». (Página 116).

Por eso es terrible el morir. Por eso es reveladora la angustia de verse muerto: «La creación toda es algo que hemos de perder un día o que un día ha de perdernos, ¿pues qué otra cosa es desvanecernos del mundo sino desvenecerse el mundo de nosotros? ¿Te puedes concebir como no existiendo? Inténtalo; concentra tu imaginación en ello y figúrate a tí mismo sin ver, ni oír, ni tocar ni recordar nada; inténtalo y acaso llames y traigas a tí esa angustia que nos visita cuando menos la esperamos y sientas el miedo que te aprieta el gáznate del alma, por donde resuella tu espíritu... Y en esa angus-

tia, en esa suprema congoja del ahogo espiritual, cuando se te escurran las ideas, te alzarás de un vuelo congojoso para recobrarlas al conocimiento sustancial». (Pág. 219-220).

«En la muerte se revela el misterio de la vida, su secreto hondo». (Pág. 262).

«A la luz de la muerte es como hay que mirar la vida». (Pág. 262).

Y es que, diremos nosotros ampliando el pensamiento y Unamuno, consistiendo la esencia de la vida en el acto apasionado, inquietante y de tendencia irresistible, ninguno más apasionado en el hombre que el acto y la tendencia a ser, a ser siempre, a vivir eternamente. Por eso, cuando nos invade la angustia de la muerte es cuando apreciamos el valor absoluto del acto existencial. Unamuno es el filósofo trágico de la existencia; el panegirista del valor del anhelo a no disolverse en la nada para siempre.

Y de ahí también que Unamuno sea el continuo panegirista de la fama. Porque para nuestro pensador la fama amorosa es el amor a la inmortalidad. Ese anhelo de inmortalidad va unido a la raíz del alma en el héroe y en el santo:

«¿Qué es todo esto sino caballería andante a lo divino o religioso? y en cabo de cuenta, ¿qué bustaban unos y otros, héroes y santos, sino sobrevivir? Los unos en la memoria de los hombres, en el seno de Dios los otros. ¿Y cual ha sido el más entrañado resorte de la vida de nuestro pueblo español sino el ansia de sobrevivir, que no a otra cosa viene a reducirse lo que dicen ser nuestro cul-

to a la muerte? No, culto a la muerte, no; sino culto a la inmortalidad». (Pág. 149).

Inmortalidad, eternidad frente a la nada aniquiladora, desvanecedora, trágica y horrible, he ahí lo que Unamuno bustaba. He ahí lo que intenta despertar en el ánimo de sus amigos, discípulos y lectores de sus obras: que en sus espíritus surja el inquietante deseo de la inmortalidad a través de la actividad de la lucha contra el adormecimiento de la ataraxia y de la paz del silencio pasional. Oigámosles:

«Te consume, mi pobre amigo, una fiebre incesante, una sed de océanos insondables y sin riberas, un hambre de universos y la morriña de la eternidad. Sufres de la razón. Y no sabes lo que quieres. Y ahora, ahora quieres ir al sepulcro del Caballero de la Locura y deshacerte allí en lágrimas, consumirte en fiebre, morir de sed de océanos, de hambre de universos, de morriña de eternidad». (Pág. 21-22).

«Ponte en marcha sólo» le dice seguidamente a su amigo. He ahí la horrorosa tragedia de la vida unamunesca. Ir sólo hacia la eternidad. Sólo en medio de las tinieblas de la eternidad, sólo con la luz, no de la razón iluminada por la fe sino de la voluntad, potencia ciega, potencia impulsada por las pasiones, debilitada sin la gracia divina, torturada por el deseo de la vida eterna. Ir sólo a la búsqueda de esa vida y eterna, era la tragedia de la vida para Unamuno. Pero esto era trágico precisamente porque esa vida eterna la concebía como atributo de Dios. Y

ese Dios no era el Dios personal de la filosofía cristiana, era el Dios pan-teísta del Universo consciente en su materialidad.

La sabiduría de Don Quijote.

Hemos pasado revista a los seres trascendentes del ideario de Miguel de Unamuno: el mundo se nos ha mostrado como creación de la voluntad; y éste, en que nos vemos rodeado, como mundo aparential. Dios es para Unamuno la conciencia del universo cristalizada en el hombre. El hombre es un ser cuya esencia es el vivir, el obrar y el querer. Pero un vivir, un querer y un obrar esencialmente angustioso y apasionado.

Quedaría incompleta esa visión idearia unamunesca si no pusiéramos a don Quijote de la Mancha, centro de los comentarios que estudiamos en un punto y capítulo aparte, de este somero análisis de la «Vida de Don Quijote y Sancho».

Don Quijote de la Mancha es para Unamuno el filósofo de la realidad existencial. Es el gran hombre, el hombre de Dios, Gran representante de la raza y fundador de una nueva religión; de una nueva mística, de un mundo mejor. Es, en fin, un verdadero filósofo, el que mejor puede representar a la Filosofía Española.

Por su gran sabiduría, Don Quijote de la Mancha, se sabía a sí mismo; y sabía quién era el mundo: «Pues bien, te equivocas tú, el que dices eso; Don Quijote discurría con la voluntad, y al decir «Yo sé quien soy»

no dijo sino «Yo sé quien quiero ser». Y ese es el juicio de la vida humana toda: el saber el hombre lo que quiere ser. El ser que eres no es más que un ser caduco y parecedero que comede la tierra y al que la tierra se lo comerá un día; el que quiere ser es tu idea en Dios conciencia del universo: es la divina idea de que es manifestación en el tiempo». (Página 49).

Que Don Quijote, al conocerse a sí mismo, y saber quién era por que sabía quién quería ser, conocía una parte del universo, proyectando el mundo de su voluntad —el verdadero— sobre este aparential, lo asegurará Unamuno con estas palabras: «Don Quijote, allá en su fuero interno, reconocía la realidad aparential... en que ponía el mundo sustancial de su fe». (Página 153).

Don Quijote es en definitiva un espectador del universo, no al modo de los Sanchos vulgares que ponen su fe en el mundo de lo aparential, el mundo de los sentidos; sino en el mundo de la vida honda y sustancial: «Ruego al lector, dice Unamuno, relea todo este admirable diálogo por cifrarse en él la íntima esencia del Quijotismo en cuanto doctrina de conocimiento. A las mentiras de Sancho fingiendo sucesos según la conformidad de la vida vulgar y aparential, respondían las altas verdades de la fe de Don Quijote, basadas en la vida fundamental y honda». (Página 113).

Sobre ese mundo de su voluntad, se levantaba, Don Quijote, para contemplar a Dios; no en el curso de los astros, sino en el rodar de los anhe-

los íntimos y amorosos de su corazón. Al fin y al cabo ese su Dios era su misma vida en eterna proyección e insaciable deseo de inmortalidad y de gloria. Oigamos a Unamuno:

«Aquellos a quienes el mundo solo les huele a materia es que se huelen a sí mismos y no se ven en lo hondo. No es contemplando el rodar de los astros por el firmamento como te hemos de descubrir, Dios y Señor nuestro, que regalaste con la locura a Don Quijote; es contemplando el rodar de los anhelos amorosos por el conocimiento de nuestros corazones». (Página 115).

Don Quijote, a través de esos anhelos amorosos, de esa pasión amorosa, de esa vida de trabajo, llega a lo hondo del universo y de Dios. En sentir de Unamuno llega Don Quijote a esa suprema meta de la sabiduría por el camino que siguieron los místicos de su misma raza y pueblo: el camino de la mística purificación. Y es que, en los momentos de lucha y de muerte es cuando llegamos al fondo de nuestra existencia; a la contemplación de Dios, la limpieza del corazón y a la conquista del cielo por el camino del sufrimiento.

Valoración del ideario filosófico de la Vida de Don Quijote y Sancho.

Hemos esbozado a grandes rasgos, omitiendo todos aquellos pasajes del mismo Unamuno que habían de avalar nuestras afirmaciones, para no hacer excesivamente penosa esta lectura, los puntos fundamentales del

ideario filosófico de Unamuno en su obra «La vida de Don Quijote y Sancho», según Miguel de Cervantes Saavedra». Reflexionando sobre la lectura de ese libro de Unamuno y sobre el efecto sentimental que en nosotros deja, podemos decir que éste, es un sentimiento de la pena y compasión del que contempla, desde tierra firme, la lucha del naufrago con las olas de un mar tempestuoso. Porque, en el fondo, eso es Unamuno: un naufrago en el mar del pensamiento —metáfora de que él mismo se ha valido—. Pero Unamuno, y en esto está su mayor tragedia, es un naufrago voluntario en el mundo de las ideas trascendentes. Por su propia voluntad se ha visto envuelto en el torbellino del más trágico de los problemas filosóficos: el problema del ser considerado desde el sofisticado prisma de la propia subjetividad.

Y, al sumergirse en ese abismático mar de oscuro fondo, lo ha hecho con una pavorosa ansia de abismarse en el ser más querido para él, el ser de su propia persona, confundido con el eterno y divino Ser. Y eso lo ha hecho sin descartar de esa ansiedad la peligrosísima travesura de desilgarse de toda ayuda de una perenne filosofía, para navegar contra viento y marea, el peñalga de los eternos problemas humanos.

Al decir esto resumimos nuestro pensamiento y sentir crítico, respecto de la posición filosófica de Unamuno. Por entender que los grandes filósofos de la antigüedad griega y romana: Platon, Aristóteles y Séneca, con los del mundo Cristiano, San Agustín, Santo Tomás, Escoto, Suárez

rey y Leibniz, han dado con las soluciones que la Humanidad necesita en estos graves problemas que inquietan a la Razón y a la Voluntad humanas.

Con esto queremos pasar a valorar el pensamiento filosófico de Unamuno respecto de la figura misma de Don Quijote de la Mancha, flor y nata de la verdadera sabiduría según Unamuno.

El Don Quijote de Unamuno.

Hemos hablado del Don Quijote de Unamuno y hemos visto su fisonomía moral y su perfil psicológico, en boca de nuestro pensador. Su entusiasmo por el hijo de la fantasía de Miguel de Cervantes es tal que, sobre todos los tipos históricos y novelescos que a través de los siglos han aparecido en la superficie de la tierra o en las páginas de la literatura universal, sin exceptuar las mismas figuras de la filosofía griega y de las páginas bíblicas, de las leyendas orientales y de los mitos románticos, medievales y modernos, pone a Don Quijote de la Mancha con sus locuras, con su Aldonza y su Sancho; para decirnos, Unamuno, que se trata del símbolo más puro de la filosofía española, del filósofo español por excelencia:

«¿Hay una filosofía española, un Don Quijote? Sí, la tuya, la filosofía de la Dulcinea, la de no morir, la de creer, la de «crear» la verdad. Y esta filosofía, ni se aprende en cátedras ni se expone por lógica inductiva, ni surge de silogismos, ni de laborato-

rios, sino surge del corazón». (Pg. 250).

¿Por qué es filósofo Don Quijote? Para Unamuno, porque imperiosamente exige no morir; porque cree la verdad que él se crea; porque obra a impulsos de su corazón, porque a través de Aldonza, a través de la mujer, ve el Universo. (Pág. 250). En definitiva: porque según Unamuno filosofía es acto de la voluntad y no acto de la razón; y filosofar es amar: amando Don Quijote un ideal femenino; ideal que es al mismo tiempo pura creación de su fantasía.

Se concibe perfectamente que Unamuno llora, derrame lágrimas, entendiendo de esa manera el corazón de Don Quijote y que llegue a decir: «Pobre de aquel a quien tu historia, ingenuo hidalgo, no arranque lágrimas, lágrimas del corazón, no ya de los ojos». (Pág. 210).

Y es que Unamuno ante ese corazón —tal como él se lo forja— de Don Quijote, se derrite en devoción, en piedad religiosa. Aquí es preciso poner de manifiesto la piedad esa, la devoción esa de Don Miguel de Unamuno; pues sólo así lograremos poner en claro todo su ideario filosófico y valorar cumplidamente su filosofía y su interpretación filosófica del Quijote.

En los comentarios a la «Vida de Don Quijote y Sancho», Unamuno no es ni historiador, ni literario, ni biógrafo, ni filósofo, ni simple poeta. Unamuno es un místico; el místico de la locura quijotesca, que parece ha querido contraponer a la mística de la locura de la cruz. Y para vencerse de que eso sea así, basta con abrir cualquier página de esa Vida

para oír la glosa, el comentario, el coloquio y la oración con que el místico se deshace ante una frase o una sentencia de Don Quijote o Sancho. La Vida de Don Quijote y Sancho, podemos decir, es un libro de rezo, un devocionario, un Kempis y un Libro de oración y meditación. Porque tal es Unamuno: el místico de la lucha, de la tragedia, de la agonía, de la muerte. En resumen el místico de la locura. (Pág. 171).

Y adviértase que Unamuno no finge. Como no finge el místico. Este intuye en su mente la beldad, la hermesura, la bondad ideal y perfecta y queda arrebatado en su voluntad, en sus afectos y en sus deseos con violencia sin igual.

Unamuno intuye el tipo perfecto de hombre, según su concepción filosófica; y queda prendado de él. Para Unamuno Don Quijote es bueno y sincero como Cristo; espiritual como San Pablo; pobre como San Francisco; caballero como San Ignacio; casto como Santa Teresa. Y no es que él se burle de Jesús, de San Pablo, de San Francisco, de San Ignacio o de Santa Teresa al parangonarlos con Don Quijote: es que simplemente reserva para todos ellos el valor supremo humano del «heroísmo», de la «santidad»; y en el «escuadrón de los héroes y los santos va también a Don Quijote de la Mancha. Por eso irá a su sepulcro con la fe y la piedad del cruzado medieval. La conquista de ese sepulcro tiene para Unamuno valor de salvación y de remisión de los pecados.

¿Cómo en el pensamiento de Unamuno se da esa conexión entre el he-

roísmo cristiano y el quijotesco? Por que los héroes y santos cristianos están impulsados por el deseo de vivir siempre en Dios. Y don Quijote lo está por vivir siempre en su «Dulcinea del Toboso», que es la fama y la gloria. Pero la fama y la gloria no es más que la supervivencia de la personalidad: supervivencia que se confunde con la persistencia en el ser. Y el ser que lo es consciente es Dios: conciencia del Universo.

He ahí cómo Unamuno, sin hacer mofa subjetivamente de Jesús, de Pablo, de Teresa, de Ignacio y Francisco de Asís, puede hablar de Don Quijote y prestarle culto y hacer oración a su memoria y esto sin metáfora.

No se puede poner en duda que Unamuno habla en serio en la «Vida de Don Quijote y Sancho»; y que cree verdaderamente que un tipo real, si se llegara a dar, tal como Don Quijote, sería el tipo perfecto de hombre, profundamente conocedor del mundo y de la vida. Más: que ese hombre sería el único que, viviendo entre hombres sensatos al modo del cura, el barbero, el bachiller y el duque, sería, digo, el único que estaría en la verdad.

Siendo ésto así, los Quijotes son los únicos que aciertan, los únicos que ven el mundo en su realidad, los únicos que filosofan con la verdadera sabiduría, la de la tendencia y de la afectividad. El mundo civilizado debe ser para el catedrático de Salamanca un pueblo de Quijotes que creen al crear sus mundos con molinos de viento, con endriagos y arrieros, con cuevas de Montesinos y con un Sancho

que los complementa, para llegar a la inmortalidad, en virtud de un amor como el de Dulcinea, también creación de su espíritu heroico.

Esto, si lo creía posible el catedrático de griego, lo rechaza de plano no ya el sentido común (para ponernos de acuerdo y en el mismo terreno de Unamuno), sino la vida misma.

La vida real y el corazón de carne y palpitante exige realidades trascendentes, no creadas por el mismo corazón sino extramentalmente dadas, que sean complementarias de su propia vida. El corazón es pasión; pero pasión que lucha por la atracción del corazón real, de carne y palpitante penetrado, naturalmente de espíritu y afectividad. La vida es actividad, pero actividad que necesita de otra vida real —no quilmérica— de un impulso y de una energía no menos real y existente que la limitada de nuestra existencia.

El mundo que fuera creación de ese corazón y de esa vida sería creado conforme a las exigencias de los mismos; pero jamás en formas que a los mismos les llevarán a la destrucción.

Y he aquí la imposible realidad: Don Quijote crea una realidad que le lleva a su propia destrucción. Si el mundo civilizado fuera una asamblea de Quijotes sería un conglomerado de átomos en desintegración que conducirían a la destrucción total. Contra ésto se alza la voz de la vida, única que tiene derecho, siguiendo la misma filosofía de Unamuno, a explicar el Universo.

Pero no sólo es imposible la concepción de Unamuno suponiendo real

un filósofo de la estructura de Don Quijote. Pero es que, además, Unamuno desfigura el carácter mismo de Don Quijote que él acepta y recibe de manos de Cervantes. Esto, indudablemente, le da una responsabilidad literaria y filosófica, dentro de la seriedad en que el mismo se quiere colocar, que una valoración sincera de la «Vida de Don Quijote y Sancho» no puede pasar por alto.

Situar la figura de Don Quijote actuando en el campo de la filosofía de la voluntad creadora, de Unamuno, es un alarde de originalidad insostenible. Podemos, tal vez, suponer a Miguel de Cervantes imbuido en el pensamiento escéptico, (aunque decididamente creemos, por nuestra parte, ser esta tesis absolutamente improbable, y aun totalmente errónea), pero lo que no podemos suponer es que el Manco de Lepanto sea partidario de una filosofía kantiana o postkantiana. Y al fin y al cabo lo que dice, piensa, obra y habla Don Quijote, en sus momentos de cordura es lo que pensaba, decía, obraba y hablaba Cervantes. Desde este punto de vista, vemos ya que la posición de Miguel de Unamuno es histórica y realmente imposible.

Pero es que las mismas palabras, obras y pensamientos del propio Don Quijote, en nada abonan la interpretación filosófica que de Don Quijote —filósofo en hipótesis— de Unamuno.

El problema capital que las obras y dichos de Don Quijote plantean es, sin duda, el problema de la teoría del conocimiento. Ese problema se lo plantea Don Quijote a sí mismo y también a Sancho Panza. En dicho

problema, Sancho procede con una rigurosidad de sentido común y de evidencia que el propio Don Quijote no puede menos de reconocer y aún sentirse vencido dialécticamente por su fiel escudero.

En el problema aludido, éste se ha planteado de forma que Don Quijote asegura realidad aquello que Sancho asegura ser pura fantasía. Pero aun en la más irreductible posición de Don Quijote, este jamás cree ni asegura que ese mundo que él cree real, lo es por obra de su voluntad y querer, ni aun por obra de su inteligencia. Antes al contrario, lo cree real porque lo cree independiente, en su ser, de su inteligencia y querer. Si Don Quijote hubiera llegado a sospechar que los gigantes (molinos de viento) lo eran por su propio querer, es seguro que hubiese desistido de la empresa de vencerlos o hubiera dado a su lanza una resistencia igual a la fortaleza de su querer.

Y si ésto era así tratándose de lo que él forjaba gratuitamente, lo que se encontraba ya hecho, no sólo no lo discutía ni desde un punto de vista escéptico o crítico, sino que lo defendía como el más exagerado de los dogmáticos.

Desde este punto de vista, nadie, sin forzar el carácter de Don Quijote, puede poner en duda su ideario sobre Dios, el mundo, la personalidad humana, la Iglesia y la sociedad. ¿Cómo es posible se atribuya a Don Quijote el ideario teológico de Don Miguel; y que Dios, por lo mismo, sea la conciencia del Universo y en esa conciencia se sumeja con la muerte? Si Don Quijote se cree brazo y ministro

de Dios, es por creerse creatura del mismo y realidad sacada de los entes posibles por esa primera causa.

Si es verdad que Don Quijote va sufriendo una purificación espiritual, lo es por los pasos del desengaño ascético que le llevan a una confesión de sus errores y de sus pecados; de su locura caballerescas; pero no, por la «angustia» unamunesca, que repugna al optimismo radical de Don Quijote, héroe inconfundible con el héroe soñado por don Miguel de Unamuno.

Don Quijote encuentra a Dios por el sufrimiento, en cuanto que la gracia divina —cuya naturaleza y existencia jamás interpreta en sentido unamunesco— se acrecienta en él por el dolor. Pero antes de esa purificación «graciosa» ha encontrado a Dios por vía intelectual.

Alguna mayor verosimilitud podría atribuirse a la interpretación con que Unamuno observa la actuación social de Don Quijote. Este encuentra muchas injusticias en la sociedad. Pero esas injusticias no son de tal índole, en sentir del mismo Don Quijote, que éste reputa viciada en esencia la sociedad; menos, que sea una institución «contra naturam» como parece querer asegurar el profesor griego de Salamanca.

Naturalmente que yerra Don Quijote en la valoración moral de ciertas acciones humanas pero no por éso niega el orden moral mismo, causa formal de la sociedad humana; o de la autoridad que reconoce como básica y fundametal. El hombre es libre. Pero para Don Quijote esa misma libertad tiene sus límites, tales como el honor, el amor,

la justicia, y finalmente Dios. La tiranía no puede prevalecer contra el ser libre que tal le hizo Dios, pero Dios tiene poder suficiente para imponer leyes a esa misma libertad.

La misma Iglesia no sale tan mal parada en boca del Hidalgo como lo está en boca de Don Miguel. Y es de suponer que de haber presentado que, con el tiempo, algún, —no bachiller sino— profesor y catedrático de Salamanca hubiera de poner en el mismo plato de la balanza sus méritos de heroísmo y santidad con los de Jesús de Nazaret, San Pablo y demás santos, hubiera preparado su lanza para deshacer tamaña irreverencia o al menos falta de cordura.

Digámoslo de una vez: el ideario filosófico de Unamuno en la «Vida de Don Quijote y Sancho» va tan forzado al encuadrarse en forma mística y devocionaria, en la figura de Don Quijote y su escudero Sancho, que sería lo mismo que en el Aquiles de Homero quisieramos nosotros encerrar la mentalidad militar de Napoleón.

Hubiera sido mejor que Unamuno hubiera buscado un nuevo tipo novelesco donde poder encuadrar sus colosales filosóficos, dejándonos inmarcesible la virginal locura de nuestro señor Don Quijote de la Mancha y la estupenda socarronería de su escudero Sancho, que ni pensaron que el mundo era obra de su voluntad, ni la confesión de los pecados al Cura por muy socarrón y escolástico que fuera, obra del diablo, ni la nada tortura del espíritu. Si no que firmemente creyeron que la vida con ilusiones, con amor y con Dulcineas; y la voluntad con sus insulas, codicias y pasiones,

pueden salvarse en Dios, ser personal y trascendente, con la humilde confesión de los pecados al cura por muy socarrón y escolástico que fuera.

Toda interpretación filosófica del Quijote que conduzca a otras conclusiones, nos parece forzada y de un sentido antihistórico y antivital.

Hemos llegado al final de nuestra lección. Seguramente alguno de nuestros lectores se preguntarán: Si Miguel de Unamuno, en su alta calidad de pensador contemporáneo del pensamiento hispánico, desacertó en su interpretación filosófica del Quijote, ¿qué aporta a la glorificación de la obra de Cervantes, que a la dignificación del hijo espiritual de éste Don Quijote?

Indudablemente que mucho; y éso por el valor que reconocemos en la «Vida de Don Quijote y Sancho» escrita por Miguel de Cervantes y comentada por Miguel de Unamuno. El valor de esta obra es, en nuestro modesto sentir, el de una biografía espiritual de Unamuno referida a una época de su vida; y en la que se nos refiere cuán profundamente, el profesor de la Universidad salmantina deseó vivir la vida divina. Quien, en la vida, llega a tener tales momentos de espiritualismo merece para nosotros, toda admiración y respecto. En segundo lugar, Unamuno al tomar por tema de sus vivencias, de sus inquietudes espirituales, la obra de Cervantes, atrajo la atención de los investigadores y escrutadores del pensamiento universal y con ello dió soledad a la teoría de que la obra de Miguel de Cervantes es obra de «pensamiento» como él dijo y no de «vana

fantasía». Finalmente, al situar a Don Quijote en el ara de la divinidad, Unamuno dijo más que nadie acerca del propio Don Quijote: pues, con éllo, quiso poner ante la Humanidad un símbolo de belleza moral y ontológica que ojalá el mundo no pierda nunca de vista.

